



# ROSA

O UN COMPAÑERO LLAMADO TIEMPO

*Paloma Fernández Gomá*

Ya había pasado la banda de música. Fue un día luminoso, lleno de ruido y colores; la gente iba y venía. Rosa dejó abiertas las ventanas del cierre y volvió a sentarse en la mesa camilla. Observó fijamente el cuadro que estaba encima del sofá y reanudó su eterna labor de flores y dibujos geométricos encadenados. Faltaban dos días para que llegasen sus primos de Jimena y todos juntos saldrían camino del cortijo.

Ciertamente no me apetece dejar la casa cerrada todo un mes, se decía Rosa a sí misma, en voz baja. Pero era toda una tradición que la familia había mantenido durante mucho tiempo. Por mayo se iban todos al cortijo de la sierra, allí se juntaban hermanos, primos, tíos y abuelos; aunque ya quedaban pocos de tan numerosa familia. Sólo sus tres primos de Jimena: Jesús, Carmen y Pedro. Durante la estancia en el campo Rosa siempre recordaba con mucha nostalgia su bahía. Cuando era pequeña se pasaba lloriqueando los primeros días y sus primos se reían de ella, imitando las sirenas de los barcos. Entonces era cuando su tío Andrés le cogía en brazos y le contaba largas historias de pescadores, así Rosa llegaba a ver entre las jaras las velas de los barcos e imaginaba las redes tendidas a secar, debajo de los acebuches. Ya habían pasado muchos años, pero aún conservaba aquella remota inquietud que habitaba en su pecho de niña, cuando se aproximaba la fecha de marcharse al campo.

Sobre las cinco de la tarde llegó su primo Pedro. A las seis ya estaban en camino.

- Rosa, en el cortijo hay una novedad. Jesús lleva a su novia para que la conozcamos - dijo Pedro.

- ¿Jesús con novia?. ¡ No me digas!

- Sí. La conoció en Sevilla, la Semana Santa pasada, en casa de su amigo Pepe Galvez.

- ¿Cómo se llama?.

- Adela. Dice Jesús que es rubia y alta, que parece extranjera.

- ¡Vamos hombre!, ya será para menos.

Cuando llegaron al cortijo, ya estaba anocheciendo. Los primeros grillos anunciaban la noche con su canto estridente. Como María, la sirvienta, había regado la entrada, al bajar del coche llegó un penetrante aroma a tierra mojada. María remangándose el delantal se adelantó para abrir la puerta del coche y besar a Rosa.

Rosa resbaló en el patio, a causa de la humedad del empedrado. Enseguida recuperó el equilibrio y subió deprisa las escaleras. Tenía ganas de ver a Adela. Cuando entró en la habitación se encontró, de pronto, frente a Adela. Estaba junto a la chimenea, tocando el borde de la repisa,

mientras miraba como su dedo recorría de un lado a otro el largo de la chimenea, desvió su atención la entrada súbita de Rosa. Carmen al ver a su prima se levantó de un brinco, a la vez que decía:

- ¡ Pero si es Rosa!, ¡ ya ha llegado Rosa !. Está igual de guapa que siempre. ¿ Qué historias nos contará este año?.

Jesús: ¡ Hola primita !. Estás guapísima. Te voy a presentar a mi novia. (Y cogiéndola por un brazo la acercó hasta donde estaba Adela). ¿Qué te parece?. Rosa.- Es muy bonita. ¿ Qué opinas de esta familia, Adela?.

Adela: Tienes una familia encantadora.

Rosa: Ya quedamos pocos de esa familia encantadora. Pero realmente fue una familia muy extensa y unida. Ya ves, las cosas de la vida; en poco tiempo y unas veces por unas causas y otras veces por otras, la familia se ha ido reduciendo y sólo quedamos los cuatro primos.

Ya habían cenado y en la sobremesa Pedro estuvo algo nervioso, comentando que aquella tradición ya no tenía razón de ser, ya que faltaban las personas que sabían llenar el ambiente y que, sobre todo, eran de la familia. Ésta última observación hizo que Adela se sintiera molesta, pues enrojeció y no sabía hacia donde mirar. Jesús se levantó y cogiendo a su novia por el brazo, le dijo que saliera con él a ver la noche, antes de irse a acostar, pues era conveniente madrugar para levantarse temprano al día siguiente, y llevar a cabo todos los planes que tenía pensados. Cuando hubieron salido, Carmen censuró a su hermano Pedro las palabras que había pronunciado.

Rosa no pudo conciliar el sueño, tal y como le ocurría siempre que empezaba la temporada en el campo; más esta vez. Un extraño presentimiento invadía su vigilia. Soñó con sus padres, con viajes a tierras desconocidas y lluviosas, donde sus pies se introducían en el fango, hasta la altura de las rodillas. No podía salir y gritaba. Entonces llegaba Adela, extremadamente limpia y arreglada; en un momento de confusión se intercambiaban las posiciones y Adela ocupaba su puesto, mientras ella desaparecía entre unos árboles muy altos difuminados por la bruma.

Por la mañana a primera hora subió Carmen al dormitorio de Rosa. Y sentada a los pies de la cama confesó a su prima que se sentía incómoda con la presencia de la novia de Jesús en aquella casa.

- Verdaderamente tengo que decirte que me siento incómoda. Jesús se ha precipitado o bien se ha equivocado trayéndola aquí. Además, Rosa, ¿Tú no has observado que Pedro, cuando la mira se pone nervioso?.

Rosa: Sí, es cierto. Yo supongo que es pensando en que ha roto nuestra intimidad.

Carmen: Estoy pensando en volver a Jimena o irme a Algeciras a pasar unos días, para quitarme de aquí. Me encuentro a disgusto.

Rosa: ¡Mira que bien! Y yo me quedo aquí sola con la parejita y Pedro. De eso ni hablar. Creo que estamos sacando las cosas de sus casillas. Lo mejor es tener calma y dejar que los acontecimientos se vayan sucediendo. Carmen.- ¿Sabes cuáles eran los planes de Jesús para hoy?

Rosa: Ni idea.

Carmen: Quizá fue una excusa para sacar a Adela de la reunión. Rosa.- Eso creo yo, porque aquí, pocas cosas extraordinarias se pueden hacer.

Cuando bajaron a desayunar María había colocado sobre la mesa unas rosas recién cortadas, que aún estaban húmedas de rocío. El aire que entraba por la ventana era limpio y reconfortante. Adela bajó con un traje precioso de color beige. Le quedaba muy ajustado y al andar se le señalaban las caderas. El pelo lo llevaba recogido en un moño bajo y un mechón sobre la frente bajaba casi hasta el hombro derecho, dándole un aire desenfadado y atractivo. El día se prestaba a organizar cualquier excursión y pensaron en ir hasta el río. El camino era relativamente bueno, sólo requería un calzado adecuado. Adela se cambió los zapatos de tacón y se pusieron en camino. El trayecto fue silencioso en un principio, luego empezaron a hablar del buen día que hacía y de todos los recuerdos que suscitaban la presencia incorpórea de aquel ambiente tranquilo. Al cruzar un vado, Adela tropezó y se mojó todo el cuerpo, con tan mala suerte, que también se llegó a torcer un tobillo. Jesús dijo de llevársela a casa, pero como él conocía el camino peor que Pedro; acordaron que Pedro la acompañase por un atajo que sólo él conocía. Mientras tanto Jesús, con las dos mujeres regresarían por el camino habitual.

Cuando llegaron a la casa Jesús con Carmen y Rosa, hallaron a Adela en la cama con el tobillo vendado y entre las manos un libro.

Rosa: ¿Cómo te encuentras, Adela?

Adela: Parece que mejor. Pedro ha sido muy amable conmigo y me ha metido el pie en agua caliente, después me ha puesto un linimento y me ha hecho este vendaje, (indicando con la mirada hacia abajo). Ahora ya estoy mucho mejor y sobre todo más tranquila, después del remojón.

Durante dos días estuvo Pedro ausente y cabizbajo, dando paseos en solitario por los alrededores. Jesús muy pendiente de Adela. Y ella reponiéndose, hasta que pudo andar perfectamente y olvidó aquel incidente, quedando como una anécdota de aquellos días en el campo.

Una noche cuando mayo suele oler a retama y en el patio temblaba la luna. Serían las doce aproximadamente, todos estaban durmiendo y Rosa bajó al salón para mirar unos libros de la estantería que le ayudasen a relajarse y poder conciliar el sueño. Entonces oyó unos pasos por el corredor, apagó la luz de su dormitorio y entreabrió la puerta. Sus ojos se quedaron atónitos: era Adela, que con un andar sigiloso avanzaba por el pasillo, llevando una maleta en la mano. Rosa optó por seguirla de lejos, hasta que llegó al patio, allí se montó en el coche. El que estaba dentro esperándola era Pedro. No podía dar crédito a lo que veían sus ojos. El coche arrancó y desapareció en la noche.

Rosa permaneció parada en la puerta de la casa. Durante unos momentos, no sabía que hacer. Subió a su habitación y se volvió a acostar. No le diría nada ni a Jesús ni a Carmen. Aquella noche no consiguió dormirse. Tenía miedo que el amanecer descubriera la huida de su primo Pedro con Adela.

Por la mañana bajaron a desayunar todos menos Adela y Pedro. Jesús comenzó a inquietarse y subió a buscar a Adela. Bajó con el rostro completamente blanco, diciendo:

- Adela no ha pasado la noche en su dormitorio.

De pronto salió corriendo y volvió murmurando entre dientes:

- Y Pedro tampoco.

Carmen: ¿Pero qué insinuas, que se han escapado?

Rosa: Sí, yo los vi anoche.

Decidieron no abandonar el campo y seguir allí hasta acabar el mes. Durante aquellos días casi ni hablaban entre ellos y muchos menos del tema. Un mutismo denso y elocuente envolvía sus presencias y con las miradas se decían muchas cosas.

Rosa volvió a Algeciras. Y al cabo de un tiempo recibió una carta de Carmen en la que le decía que Jesús se había ido a vivir a Madrid y que Pedro y Adela se habían casado y vivían en Sevilla.

Aquel año pasó pronto y de nuevo en mayo se reunieron en el campo Carmen y Rosa. Sólo ellas sabían de otros tiempos, cuando todo eran gritos de niños y carreras y prisas por pasillos y patios. Hoy estaban las dos mujeres mirándose frente a frente, mientras las circunstancias habían socavando la existencia de su familia. El monte que se contemplaba desde la ventana guardaba un sabor lejano a sombras y la quietud de su silueta recordaba algo familiar.

Los últimos tiempos habían sido muy difíciles. A Rosa se le habían venido los años encima. Aparte de haber perdido peso, las canas le habían visitado; por lo que tenía la apariencia de una mujer mayor de lo que era. Optó por vestir de oscuro con colores apagados, sobre todo negro y marrón, no usaba tacones y el pelo corto y rizado se ceñía a su pequeña cabeza sin ningún aire particular. Parecía una de tantas mujeres envejecidas y ajadas, por el simple hecho de no haberles pasado nada importante en sus días de existencia. Siempre había visto las inquietudes desde una perspectiva ajena a ella misma, más o menos cercana a su persona, pero jamás había sido ella la protagonista.

Hoy se encontraban paradas junto a su tiempo, sin otro quehacer que contemplar desde su ventana aquel monte, símbolo del transcurrir de sus años y donde se habían ido desvaneciendo sus ilusiones; tal y como les ocurría a las nubes que habitaban en la cumbre, que poco a poco se iban precipitando por las laderas de la montaña e inundaban el valle de vaho o de lluvia. Carmen llegó por detrás y poniéndole la mano en la espalda le dijo:

- Vamos prima, que no se acaba el mundo. Más abajo de donde estamos existe hasta otro continente.

Rosa: Sí Carmen, pero más abajo de mí misma no existe nada. Sólo la tierra húmeda que ha de cubrirme.

Carmen: Ya ves, nos hemos quedado solas; no tenemos ni el consuelo de los sobrinos. Únicamente el soplo tibio del viento en estas primaveras, que se te cuele por las venas como si fueran torrentes cargados de vida. Ayer por la mañana subí con María al cerro y mientras respiraba profundamente, sólo pensaba en que estamos vivas y podemos llenarnos de este aire limpio. ¡Para qué queremos más!

Rosa: Desde luego es un consuelo. Pero también existe junto al aire el desencanto de dos mujeres que no esperan nada de la vida.

Carmen: No te pongas nostálgica, tú precisamente, la incansable y siempre optimista.

Rosa: Es fácil dar una imagen, especialmente cuando se tiene estudiada durante toda la vida. Pero no, mi querida prima, ya ves, la alegría y el optimismo se aprenden, aunque no te salgan de dentro. Y llegas a aprender tan bien tu papel que siempre eres el paño de lágrimas de todos. Y

tienes que soñar y tragarte los sueños, no sólo por las noches, sino mientras bordas, vas a misa o paseas por la calle. Eso es lo realmente triste de toda esta historia: no vivir de verdad, vivir interpretando.

Carmen: Rosa ¿por qué no te casate?. Pretendientes no te faltaron. ¿Te acuerdas de aquel alférez de milicias que era de Santander? Bebía los vientos por ti. ¿Y el hijo de don Eladio? ¿Y Pepe, el hermano de tu amiga Laura? Se fue a estudiar Derecho a Granada y venía cada quince días sólo para poder verte. Luego se acabó casando en el 65 con Mari Carmen Ruiz.

Rosa: Sí que recuerdo, Carmen. Recuerdo y no me arrepiento. Para amar hay que hacerlo de verdad, sintiendo cada instante, como si fuera el más pleno de tu vida, sin trabas ni condiciones, sin importarte perder o ganar; se trata sobre todo de dar y entregarse sin reserva, para que al final se unan las vidas como las gotas de lluvia se unen para formar charcos. No sé como decírtelo es algo instintivo y primario que te mueve, que te cambia. En fin yo al menos lo veo de esta forma. Y eso no lo he sentido por ninguno de ellos, por eso mismo no he llegado nunca a nada. Ya sé que se suele decir que luego viene el amor o el cariño (como quiera llamarlo la gente). ¿Recuerdas lo que les pasó a Adela y a Pedro? Pues eso es amor.

Carmen: Bueno, ¿qué te parece si dejamos el tema y nos vamos a dar un paseo?

Rosa: Me parece estupendo.

